Sofía Henales López

CRIATURAS ESPELUZNANTES

La noche estaba oscura, los lobos aullaban y el árbol del parque se movía. A su lado, las tenebrosas brujas Lotodo se pintaban las uñas con su lápiz. El lápiz es muy pequeño y rechina con solo mirarlo.

De pronto, todo comienza a oscurecer más, más y más y las brujas son arrastradas por los muertos que acaban de resucitar. En la joyería, donde he comprado un reloj, se funden las joyas hasta quedar todo una balsa de sangre y dolor, donde los fantasmas gritan y piden auxilio.

La rodaja de sandía, blanca como la cal, yace sobre el horizonte y de la cual salen miles de misteriosas criaturas peludas en busa de carne humana para llevarse a la boca.

Algunos espectros negros flotan en el aire, un aire denso y con cierto olor a sangre. Otros recorren los cuerpos de la gente, causándoles náuseas, vómitos, mareos, escalofríos y desmayos. A su vez, se van transformando poco a poco en vampiros chorreantes de un líquido rojo intenso que brota de su boca y se mezcla con espumarajos y jugos verdes y amarillentos.

Los ángeles llorosos me rodearon, a la vez que me miraban sin cesar, con sus garras afiladas que apuntaban directamente a mi cuello. Paulatinamente, se fueron acercando a mí, mientras me iba angustiando, pues sabía que, antes o después, me convertiría en uno de ellos. Tan solo diez minutos más tarde ya era otro ángel. En efecto, me transformé en piedra.

La maldición del temido Señor Del Pozo cayó sobre Berwick e hizo de una ciudad tranquila, un infierno, donde los turistas que llegaban se convertían en demonios deseosos de hacer el mal, o, simplemente, morían.